

blanco—alegría, pureza, gloria, virginidad; el rojo, color del fuego y de la sangre—pasión ardiente por el espíritu santo, martirio por amor; el verde—fertilidad, gracia divina, espera de la bienaventuranza; el violeta—penitencia, expiación, retiro, soledad, humildad; el negro—extinción de la luz y de la vida, tristeza y muerte. Consecuentemente estos colores se utilizan en los cultos de la semana de pascua, del Pentecostés y la Pasión, de la Epifanía, de la Cuaresma y del Viernes de Dolores.

A través de la historia, los pueblos y las épocas han tenido muy diversa afinidad y simpatía por los colores. Parece que en la prehistoria no existieron otros colores que el negro, blanco, el rojo y el amarillo. ¿No parece esto aludir a un extremismo de la vida afectivo-impulsiva? Sólo en los asirios y egipcios aparece el azul y luego el verde. Pero aún en los griegos se encuentran muy pocas referencias al color y una insuficiente diferenciación entre verdes y azules lo que llevó, incluso, a *Gladstone* en sus «*Studies of Homer*» a suponer que Homero y en general los helenos sufrían una ceguera para el color. Rectificado el error por *A. Marthy* más probable parece, como luego insistiremos, que el pueblo griego, fundamentalmente racional, rechazara más o menos conscientemente el empleo excesivo de un elemento tan representativo de lo irracional como es el color.

Por el contrario, en Bizancio con su arraigo oriental hay casi una embriaguez de colores en sus mosaicos y mármoles en los marfiles, los esmaltes y las sedas. El profundo sentimiento religioso dictaba el dorado como fondo de la rica policromía. Así también en las vidrieras, en las miniaturas y en los libros góticos. En el Renacimiento, con su menor profundidad de sentimientos, su mundaneidad y confianza en la vida irídica será el azul el color dominante. Después, en la época de las guerras de religión, en el siglo XVII, agotado el

